



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS:

núm. 147

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
 D. Antonio Brea.
 Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.
 Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.
 D. Juan Vidal de Llobatera.
 D. Ramón Vila y Colomer.
 D. Tirso de Olazábal.
 D. Manuel Rodríguez Maillo.

Sr. Conde de Guernica.
 D. Gabriel J. Llompart.
 D. Carlos Cruz Rodríguez.
 D. Reynaldo Brea.

Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.



DON MANUEL VILAGELIU

REGIO AUTÓGRAFO

Venecia 15 de Mayo de 1892.

Mi querido Brea: Gratisimo me ha sido el obsequio que acaba de hacerme tu hijo Reynaldo con su *Manual del voluntario carlista*.

Dale las gracias en mi nombre, y recibe tú mis más cariñosas felicitaciones por lo legitimamente halagado que debe hallarse tu orgullo paternal.

Dichosos podemos llamarnos, mi querido Brea, los que como tú y como yo nos vemos bendecidos por Dios con hijos que en los tristes tiempos que alcanzamos no se contagian del universal enervamiento, y mantienen el culto de las tradiciones patrias.

Cada vez estoy más persuadido de que la Providencia ha de exigir todavía nuevos y supremos sacrificios á las generaciones que pelearon conmigo en los campos de batalla.

Pero nada puede inspirarnos mayor fe, que la seguridad de que detrás de nosotros hay formada una juventud viril dispuesta á secundarnos y á sucedernos en todos nuestros deberes.

Mucho me complace que al frente de ella figuren nombres como el de tu hijo, que es el de uno de mis más fieles compañeros de armas.

Que Dios os guarde á ambos como de corazón lo desea

Tu afectísimo

CARLOS.

ERROR CRASO

ÚLTIMA GUERRA CIVIL, 100.000 CARLISTAS

EN CAMPAÑA

CUANDO una nación ó un partido toman las armas para medir las fuerzas de que disponen, no debe servir de tipo regulador el contingente que presentan en línea de batalla, ni tampoco el de las bocas que mantienen en servicio activo y sedentario, sino el de las que podrían presentar con mejor dirección y capacidad en los encargados en una región ó provincia, valiéndose para este cálculo de algún hecho que demuestre con evidencia que el espíritu del país está identificado con el movimiento pro-

clamado. Por el resultado que hayamos obtenido en una zona determinada, deduciremos racional y lógicamente lo que en otras zonas igualmente simpáticas hubiéramos alcanzado. Deducción sencilla y elocuente demostración que hasta el día no hemos visto que ningún publicista encariñado con nuestras gloriosas tradiciones patrias la haya tratado. Nadie duda que en la última contienda civil española, el partido tradicionalista tuvo frente á sí dos enemigos poderosísimos con quienes no luchó en la primera llamada de los siete años. El telégrafo y el ferrocarril.

Por esto, á pesar de hallarse en la segunda el sentimiento religioso más excitado por los agravios inferidos á Nuestra Madre la Iglesia, no pudo aclimatarse la guerra en regiones tan religiosas como León, Oviedo y Galicia, ni aun en la Mancha, Murcia ni Extremadura. Mas concretándonos á los puntos en que estuvo localizada, el que esto escribe, y ya que se trata de sucesos pasados que presencié, afirma, que pudieron y debieron ponerse en pie de guerra 200.000 combatientes. En las primeras semanas siguientes á la proclamación del último Monarca reinante (q. e. g. e.), la División de Aragón, compuesta de 5 Batallones y dos escuadrones de caballería, se encontraba de asueto en Fortaneta. Además de estas fuerzas, había otro batallón guarneciendo á Cantavieja y como unos 700 infantes y 100 caballos más, distribuidos en las rondas volantes y al servicio de los Jefes de distrito y Comandantes de armas. Los Jefes de la División estaban esperando noticias oficiales del gobierno de Madrid sobre la suerte ó destino que iba á dar á los rehenes hechos en familias carlistas, para en su caso fortificar á Beceite y colocar allí y en Cantavieja á los detenidos en represalias, que no bajaban de 4.000. Recibida noticia oficial por conducto del Gobernador Militar de Alcañiz de que los primeros iban á ser puestos en libertad, el primer Jefe accidental de Estado Mayor ofició al Gobernador de Cantavieja para que inmediatamente se hiciera lo propio con los segundos. La estancia ó descanso en Fortanete fué la más larga (diecinueve días) que se conoció en el Centro durante la campaña como unas cuarenta y ocho horas después de haber provisto la libertad de aquellos, se recibió orden del General en Jefe Lizárraga para que la División de Aragón avanzara hacia Calatayud á reserva de hacer lo propio el General con 14 ó 15 Batallones de Valencia y el Maestrazgo, simulando en ello un golpe de mano sobre Zaragoza. Gamundi, Boet y el expresado Jefe convinieron en que la fuerza carlista de este distrito no se hallaba en disposición de secundar tal movimiento, al menos con la infantería, porque con mal armamento y sujeta desde hacía poco tiempo á una nueva organización, las unidades tácticas que resultaban no tenían seguridad en los movimientos, y esta circunstancia constituía un peligro serio en el caso de algún encuentro. Ante tan eventuales como previsoras contingencias, acordaron que la caballería saliese sola en la dirección indicada, al mando del bravo y muy leal Jefe señor don Juan Aineto por no hallarse todavía restablecido de las heridas que recibiera en

la batalla de Villafranca del Cid, su Jefe nato, el siempre caballero y esforzado cuanto competente Coronel señor don Manuel de Francisco que también, y como las dificultades que se oponían á la operación ordenada pudieran traducirse como desobediencia, y en una comunicación es tan difícil consignarlo todo á satisfacción del superior, dispusieron que el referido Jefe de Estado Mayor fuera personalmente á enterar de cuanto ocurriera al citado General saliendo á la madrugada del día siguiente con dos ordenanzas en su busca y hallándole en Ademuz en marcha hacia Molina de Aragón conforme al plan que concibiera y del cual se ha hecho mérito. En la conferencia habida estimó fundadas las observaciones que se le hicieron y desistió de su plan. Este rápido viaje del Jefe interino de Estado Mayor á que me vengo refiriendo, proporcionó al que suscribe la convicción de cuanto afirmó al principio. Ocurrió, pues, que al parar tal Jefe en una de las casas de la villa de Manzanera, se le expuso por una persona respetable y afecta á la buena causa el conflicto en que se hallaban los 7 pueblos de Aragón separados por la carretera de Teruel á Valencia á los que apenas visitaban las fuerzas, y consistía el conflicto en que el gobierno de Madrid pedía toda la juventud comprendida desde 19 á 35 años; que los Jefes carlistas de Valencia también reclamaban su incorporación al Collado (fortificación) en concepto de reclutas y que acaso servirían de mejor gana en Aragón. Acto seguido transmitió dicho Jefe los conceptos que se le acababan de exponer á Gamundi solicitando su autorización para convocarlos y conducirlos á Cantavieja, y aunque la distancia era considerable, como los pliegos corrieron noche y día, á las cincuenta y cuatro horas ya se recibió la concesión del permiso solicitado. Seguidamente pasó el referido Jefe una circular á los indicados 7 pueblos señalándoles un plazo de dos días para su presentación en Manzanera, lo cual verificaron con puntualidad, ingresando como unos 200 ó más, los cuales vinieron con sus morrales, hallándose una columna enemiga á cuatro horas de la expresada villa. En el mismo día que alcanzaron ingreso, pasaba una compañía carlista que regresaba de conducir prisioneros á la citada fortificación del Collado y le ordenó el mismo Jefe á su capitán se quedase por si le necesitaba, única fuerza que podía disponer de momento y la restante más próxima de Aragón á veintiséis horas. Insiguiendo, pues, en el objetivo propuesto y sin hacer mención de las gráficas frases con que los recién ingresados hacían ver su contento y serenidad con que marchaban á incorporarse á la División, así como el recibimiento y demostraciones espontáneas de agrado de los pueblos aun viniendo pisando sus talones fuerzas contrarias, consignaré que llegaron con toda felicidad á Cantavieja, llamando la atención de los lugares y villas del tránsito por la puntualidad con que acudían á formar al toque de corneta. A los dos ó tres días fueron licenciados porque Boet lo quiso así, ya que á él no se le había pedido autorización para la recluta, sino al superior de éste, por ser así lo procedente. A los pocos

meses después hacían fuego á las fuerzas carlistas esos reclutas como sucedió en todas las líneas de dominación intervenida, ó sea que unas veces eran invadidas por unas fuerzas y otras por las contrarias, no tomando ninguna medida política en justa defensa y conservación los Comandantes Generales carlistas. Pues si de unos pueblos tan pequeños y en tan corta distancia se alistaron gustosos más de 200 soldados, ¿cuántos pudieron haberse alistado dentro de las mismas edades desde el término municipal de Torrijos á Gandesa en sus sesenta horas de longitud; línea de operaciones toda ella en su inmensa mayoría dominada en absoluto é intervenida en el resto por las fuerzas carlistas de Aragón? Aplicando igual procedimiento á Valencia, Maestrazgo y Cataluña, ¿no hubiera podido triplicar su contingente nada más con admitir en sus fuerzas á los que se presentaban y anticiparse á ingresar los quintos que llamaba periódicamente el gobierno de Madrid? Pues no, señor, había que tolerar miles y miles de hombres en los territorios ocupados que no servían por entonces á nadie, y por añadidura, no incautarse de los elementos que manos más expertas, pero desde más larga distancia venían á arrebatarnos de las puertas de su propia casa. La última revista que pasó la división de Aragón tenía en filas 5.600 infantes y 563 caballos, con más la artillería de sitio en Cantavieja. Triplicado el número nos daría un total de 18.489 hombres. El Maestrazgo y Valencia contaban 20 Batallones de infantería y 1.500 caballos con una batería de montaña, y triplicado el número á razón de 700 infantes por Batallón, obtendremos 55.500, y aunque Cataluña tenía 21 Batallones ó más, 800 caballos, una batería de artillería rodada y otra de montaña, y por sí sola podía poner en línea otro contingente igual, no le asignaremos más de 35.000 hombres, que sumados con los anteriores forma el Centro un total de 108.989, y unidos estos á los 60.000 que había en Navarra, Provincias Vascas, Rioja y en la parte de Castilla limítrofe á éstas, y á 40.000 voluntarios de las demás provincias con las cuales no se ha contado y que al ver la seriedad del movimiento concurrían á engrosar sus filas, cálculo de suyo muy prudente, tenemos más de 200.000 hombres que debieron hallarse en filas. Y de ese juicio racional y lógico tenemos que sacar otra consecuencia igualmente fundada. La de que un pueblo que da de primera intención 200.000 voluntarios evidencia con este acto que cuenta en su seno más de un millón de hombres aptos para las armas que participan de iguales sentimientos, y siendo éstos españoles, con la mitad bastan y sobran para sojuzgar al mundo y reivindicar en él lo que debe reivindicarse, lo mismo abajo que arriba. Por último, diré que son muchos los elementos necesarios en todo alzamiento para obtener de él soluciones provechosas y no pocos están al alcance de los que dirigen; pero estudiése detenidamente lo pasado y apenas se advertirá el deajo de ninguna medida encaminada á consolidar las creencias de los pueblos en el amor á sus antiguas tradiciones, y en los que son á ellas desafectos para atraerlos con el estímulo de nuestro pro-

pio buen ejemplo. Después de los medios naturales de defensa personal, la conducta política con las autoridades y los pueblos es la que asegura su dominio moral, base de todo gobierno si ha de tener fundamentos sólidos. El que pretenda dominar por el terror se equivoca.

Procuremos acercar de nuevo los hombres á Dios de cuya sumisión, sus vicios ó los malos ejemplos los alejaron, y apoyando el arte de gobernar en tan sana doctrina, servirá lo pasado de triste pero saludable experiencia, se rectificarán pasados errores, y en el no lejano naufragio de la doctrina que informa el libera-

lismo á manos de sus hijos legítimos, la razón y la anarquía imperantes, podrá oponerse al torrente devastador enemigo ignorante de Jesucristo, un ejército amante de su prójimo, de sana moral, instruído, numeroso y fuerte, á la vez que acaudillado por Jefes competentes y exentos de pasiones morales, especialmente en cuanto se refiere á permisión de camarillas, puesto que éstas cuando existen, siempre se alimentan del prestigio que merman á la autoridad Real. Y que en el Centro y Cataluña hubo gravísimos errores que produjeron la anemia y el fracaso primero, y después, enlazando los desastres, la precipitada traición de úl-



Don Joaquín Llorens y Fernández de Córdoba.

tima hora, no lo duda ya ninguna persona de buen sentido, ni tampoco el que los alzamientos son debidos á la fecunda virtualidad de los principios y á lo augusto de la persona que los representa.

MARIANO RUBIO.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

EL bizarro coronel carlista Sr. Pérez Najera, nos remite, acompañados de una atenta carta, algunos datos históricos que completan la narración inserta en el número 32 de EL ESTANDARTE REAL, bajo el título *El final de la guerra*, y accediendo

á los deseos de nuestro distinguido correligionario, los insertamos con mucho gusto. Dicen así:

«El día 23 de Febrero del año 1876, en la carretera del pueblo de Almandoz, en el valle del Baztán, S. M. leyó una alocución al 2.º Batallón de Castilla. En ella daba las gracias á todos por los sacrificios hechos, exponía la grave situación en que la causa se encontraba y dejaba en libertad para que se fuesen á sus casas, á los que no tuviesen suficiente corazón para seguir defendiendo su bandera.

Terminada la alocución, el Jefe del Batallón arengó su fuerza diciendo: Soldados: el R. concluye de hablarnos ¿qué nos resta? pelear como buenos, vencer ó morir. Después, dirigiéndose á Don Carlos: Señor: interin Castilla conserve hombres en pie V. M. tendrá

soldados que defenderán la Religión, la Patria y el Rey.

Al día siguiente, dicho Jefe recibió una orden del General Lizárraga, en la que se le mandaba que avanzara á marchas forzadas hasta encontrar al R., y que no obedeciese más órdenes que las emanadas directamente de S. M. ó del General en Jefe.

En cumplimiento de su deber, emprendió la marcha y en el camino se le incorporaron los Batallones, Guías y 5.º de Castilla, llegando con estas fuerzas á Espinay, desde cuyo punto el Rey con su E. M. y rodeado de los Batallones 2.º y 5.º y Guías de Castilla se encaminó á Burguete.

«Aunque era ya entrada la noche, al llegar á este pueblo, Carlos VII decidió continuar hasta Roncesvalles con su E. M. y la escolta de Guardias, por la gran dificultad de alojamiento, debida á la aglomeración de fuerzas en tan pequeño lugar.

Ya estaba en camino, cuando por la carretera apareció un grupo de Oficiales carlistas de artillería que á pesar de sus esfuerzos no habían podido dominar á sus tropas amotinadas en Roncesvalles.»

En aquel momento llegó el Jefe del 2.º Batallón de Castilla, que por mandato superior iba á Roncesvalles á recibir órdenes. Don Carlos le hizo relación



Don Reynaldo Brea y Cuartero.

de lo que ocurría con los artilleros, y el Jefe contestó: Señor: en tan críticos momentos, opino no queda más solución, que atacar Roncesvalles, ó que V. M. regrese á Burguete. El Rey optó por el segundo pensamiento.

«La respuesta unánime fué la que era de esperar de aquellos leales, que todos manifestaron seguir á su Rey á donde quiera que los llevase» y agregando el Jefe del 2.º de Castilla: en estos momentos V. M. no se pertenece, tiene que salvar una bandera, lo primero es poner en salvo, de una asechanza, la vida del Rey, después si V. M. lo ordena, por Dios, la Patria y el Rey quemaremos hasta el último cartucho. En el acto Don Carlos ordenó á dicho Jefe que á todo trance tomara el pueblo de Roncesvalles, á cuyo punto se dirigió con

su Batallón sin perder un momento, teniendo presentes todas las precauciones que las circunstancias exigían.

Aún de noche ocupó Roncesvalles, se apoderó de las piezas de artillería que tenían los amotinados, puso en libertad á los dignísimos Oficiales, que por el número y fuerza habían sido encerrados. Al amanecer formó y arengó el Batallón y repartió los pequeños fondos que tenía en la caja. En seguida mandó tocar llamada á la carrera, para que formara toda la fuerza que había en el pueblo. Observando que algunos artilleros se presentaban en un estado *lamentable*, y que la mayor parte no querían salir del alojamiento, dió orden al sargento de gastadores para que con la escuadra entrara en las casas, y con la punta de las bayone-

tas arrojara por las ventanas al que no quisiera salir á formar. A dicha orden unieron sus esfuerzos los dignos Oficiales de Artillería y se consiguió que los amotinados formaran sin armas, al frente del Batallón.

Inmediatamente el Jefe dió orden al Ayudante para que fuese á Burguete, á poner en conocimiento del Rey que el camino para la frontera estaba libre.

«Sin esperar á que estuviera formada la Columna, montó el R. á caballo y partió para Roncesvalles, sin más que un oficial de órdenes, á quien dijo al llegar á la vista del pueblo: «Adelántate á escape y avisa que el R. llega.» El Jefe del Batallón recibió á S. M. con arreglo á ordenanza, y saludando con la espada gritó: ¡Viva el Rey! cuyo viva fué contestado con entusiasmo por el Batallón y Oficiales de artillería.

El Jefe continuó: Señor: tengo el honor de presentar á V. M. prisioneros los artilleros sublevados. Don Carlos dirigiéndose á los artilleros.—Habéis manchado los laureles de Montejurra, de Somorrostro, de Abárzuza y Lácar, y esa mancha sólo la podéis lavar con vuestra sangre. Si Dios lo permite, yo me encargaré de que así suceda pronto, llevándoos donde el enemigo os diezme, como debía hacerlo yo.»

El Jefe continuó: Señor: merecen un castigo ejemplar, porque esta noche los insurrectos han asesinado á varios músicos del Batallón que se habían alejado un poco de la fuerza, y ¿qué dirán los fieles si se perdona á los traidores?—El R. replicó: ya se hará justicia.

En aquel instante llegaron el E. M. y la fuerza que había quedado en Burguete y se dió la orden de seguir la marcha, y de quedar en Roncesvalles el 2.º Batallón, cubriendo la retaguardia y esperar los demás batallones castellanos.

«La columna marchó en efecto, en aquel orden, siendo saludado el R. por los artilleros sometidos con vivas atronadores y entusiastas, cuya sinceridad probaron siguiéndole fielmente al destierro, detrás de sus valientes Oficiales.»

A las pocas horas llegaron á Roncesvalles, el Conde de Caserta y el Coronel Pino, con los Batallones 1.º, 3.º, 4.º de Castilla y un escuadrón. Toda esta fuerza reunida siguió la marcha hasta Valcarlos.

La más dolorosa de las eventualidades estaba evitada. El R. había conquistado el paso para Francia.

JUAN PÉREZ NÁJERA.

A S.... LA R... D.^a MARGARITA UN RECUERDO DE LA GUERRA

LA MARCHA

Tras la misa de campaña
Que con devoción oyeran
Se vió partir á los reyes
Del pueblo de Santisteban.
Ella arrogante amazona
Del R. cabalga á la diestra
En blanco corcel que rige
Con gallarda gentileza.
En pos del Cuartel Real
Marchan los guardias que cierran
El séquito de los Reyes
Que de la villa se alejan,

Entre nutridos aplausos
Y ovaciones placenteras
De millares de carlistas
Que para ver á su R....
Todo el Baztán ha invadido
La villa de Santisteban.

Vedla repartir sonrisas,
Contestando por doquiera
A los mil y mil aplausos
Con que amorosos la obsequian
Los paisanos, que extendidos
Se miran por la carrera
Que ha de seguir en la marcha
Que emprende para Oroquieta.

Vedlos, ya por los atajos
Dejaron la carretera,
Y sin embargo su pueblo
Les acompaña aún de cerca;
Que aunque penoso el camino
Por ver á su joven R....,
Aún más tiempo, desearan
Del corzo la ligereza.

Vedlos marchar, el camino,
Que, cada vez más se estrecha,
Es penoso, y va delante,
Airosa, la joven R....:
Con boina de azul oscuro
Cubre sus doradas trenzas,
Y el blanco rostro resalta
Sobre su amazona negra,
Y sobre el caballo blanco
Su arrogante gentileza;
Semejante á la esperanza
Que el ánimo triste alienta,
Cual la fe perseverante,
Cual la caridad risueña;
La majestad soberana,
Con que su beldad se muestra
Tal entusiasmo produce
Tan grande valor despierta
Que, sin dudar á la muerte
Fueron gozosos por ella!

EL CONDE DE GUERNICA.

Del Romancero de la Campaña Real.

DOCUMENTOS DE LA GUERRA⁽¹⁾

(Conclusión)

Posteriormente el contraguerrillero Lacalle cometió nuevos asesinatos, y el general Mendiry dispuso se pusieran en capilla para ser fusilados, ocho prisioneros, con cuyo objeto se llevaron de Estella á Barasoain, y puestos en capilla, fueron indultados por S.... el R., con cuyo motivo pasó al general en jefe del ejército contrario, la comunicación siguiente, de la que no tuvo contestación:

«Ayer debieron ser pasados por las armas en el puente de la Panueva de Tafalla ocho prisioneros, que, puestos en capilla, fueron indultados por S...., en represalias de igual número de voluntarios del ejército Real fusilados y asesinados por el contraguerrillero Lacalle, dos en Murillo del Cuende, tres en Larraga, dos en la casa del Estafetero, carretera de Larraga á Tafalla, y el otro en San Martín de Unx. Se pidió al general Moriones satisfacción de los dos fusilados en Murillo del Cuende, y contestó una inconveniencia.

»No me es posible entrar en relaciones de canje

(1) Véase el núm. 37.

mientras no se me dé la satisfacción pedida. El mando de todo ejército impone altos deberes que cumplir, y en este concepto prevengo á V., que si se me fusila un solo hombre, usaré el derecho de represalias, de dos por cada uno, contando con los ocho asesinados por Lacalle.

»Si se quiere que la guerra se haga con humanidad cual corresponde á una nación civilizada y lo exige la dignidad y decoro de un ejército regularmente organizado, el comportamiento del Ejército Real será noble y generoso: si, por el contrario, se quiere el derramamiento de sangre de prisioneros rendidos é inermes, dígame de una vez, pues no será el Ejército Real el que más pierda en ello.

»Dios, etc. Puente la Reina 16 de Enero de 1875.—*Torcuato Mendiry*.—Señor general en jefe del ejército alfonsino del Norte.»

Olvidados estos asesinatos por el ejército carlista, creyó éste, que con motivo de la proclamación del príncipe Alfonso, se haría la guerra en mejores condiciones, y á este propósito autorizó á su representante en Madrid para celebrar con el gobierno alfonsino un convenio para el canje de prisioneros, el cual fué firmado con las debidas formalidades en 18 de Febrero de 1875 por el subsecretario de la Guerra del ejército alfonsino y el representante del ejército carlista don Luís de Trelles.

Como consecuencia de este tratado se verificó en Cataluña el canje de prisioneros de que todo el mundo tiene noticia, portándose en él los carlistas con la mayor generosidad; y cuando se estaban confeccionando los trabajos para efectuarlo en el ejército del Norte, vino á suspenderlo el asesinato de ocho prisioneros verificado en San Martín de Unx por el mismo contraguerrillero D. Tirso Lacalle, sobre los cuales mediaron las comunicaciones siguientes:

El general Mendiry, en el momento en que tuvo noticia de los asesinatos de San Martín de Unx, dió comisión á personas respetables del partido, é independientes, para que, pasando á dicho pueblo, averiguasen sin pasión la verdad de los hechos; y en el ínterin que esta información se hacía, hallándose en su cuartel general el secretario del señor comisionado de canjes del gobierno alfonsino D. Juan Gualberto Goya, ocupado en los trabajos de canje, después de poner á su disposición un capellán y algunos heridos que debían entregarse fuera de canje, le dió orden de que inmediatamente se personase con el general en jefe del ejército alfonsino, Sr. Quesada, dándole para el comisionado de canjes, D. José de Goicoechea, una carta concebida en estos términos:

Estella 30 de Marzo de 1875.

»Sr. D. José de Goicoechea.—Mi estimado amigo: El contraguerrillero D. Tirso Lacalle acaba de asesinar, después de rendidos, algunos voluntarios en la villa de San Martín de Unx.

»Este proceder en momentos en que, con el cambio de gobierno ejecutado y próximo canje de prisioneros, era de esperar se suavizaran las condiciones de la

guerra, es inicuo y da la medida de lo que debe esperar el partido carlista de sus enemigos.

»Las comunicaciones que dirigí al general Moriones y contestación de éste, que por copia remito, enterarán á V. de otros asesinatos cometidos impunemente por el mismo contraguerrillero, previniéndole, para que lo haga al general en jefe, que si no se me da satisfacción cumplida de semejante proceder, suspenderé el canje, y ejerceré justas represalias, en uso del derecho que me concede la guerra.

»Queda de V. su afectísimo amigo,—*Torcuato Mendiry*.»

El Sr. D. José de Goicoechea contestó á la anterior con la carta siguiente:

«Excmo. Sr. D. Torcuato Mendiry.—Tafalla 2 de Abril de 1875.—Mi querido general: Son las siete y media de la noche, y concluyo de celebrar una entrevista con el general en jefe del ejército del Norte, cumpliendo con los deseos que V. me manifiesta en su grata carta del día 30 del pasado mes de Marzo, y encargo verbal que ayer dió V. á Goya; y dejando á un lado por ahora sus prevenciones relativas á canje de prisioneros, tengo el gusto de participar á V. que el señor general en jefe de este ejército abunda en los buenos sentimientos que á V. animan, en términos, que á pesar de haberse dicho en el parte oficial dado por D. Tirso Lacalle sobre los hechos de San Martín, que hubo resistencia por parte de los carlistas, hubiera tratado de inquirir la verdad de lo sucedido, si no fuera por el temor de producir un choque entre las fuerzas carlistas que por allí circulan, con las que hubiera tenido que mandar para llevar á cabo sus deseos, choque que naturalmente podría producir asimismo derramamiento de sangre inútilmente; así es que, por su parte, está conforme en que, previo señalamiento de día y neutralización del referido pueblo, mientras se haga la información se verifique ésta por dos oficiales carlistas acompañados de dos hombres civiles de ese partido, y dos oficiales de los de su ejército, yendo Goya conmigo.

»Si, pues, como supongo, está V. conforme en que así se haga, sírvase manifestármelo con la brevedad que el caso requiere, para lo que aquí espero su contestación.

»Y, por último, el expresado señor general en jefe me ha encargado diga á V. también no es fácil, ni aquí ni ahí, impedir sucesos como el de que se trata, una vez que es á su noticia que de los prisioneros que ustedes tienen trabajando en Monjardín han muerto dos, y hoy mismo lo ha sido otro soldado de tres tiros muy cerca de aquí, yendo solo y desarmado.

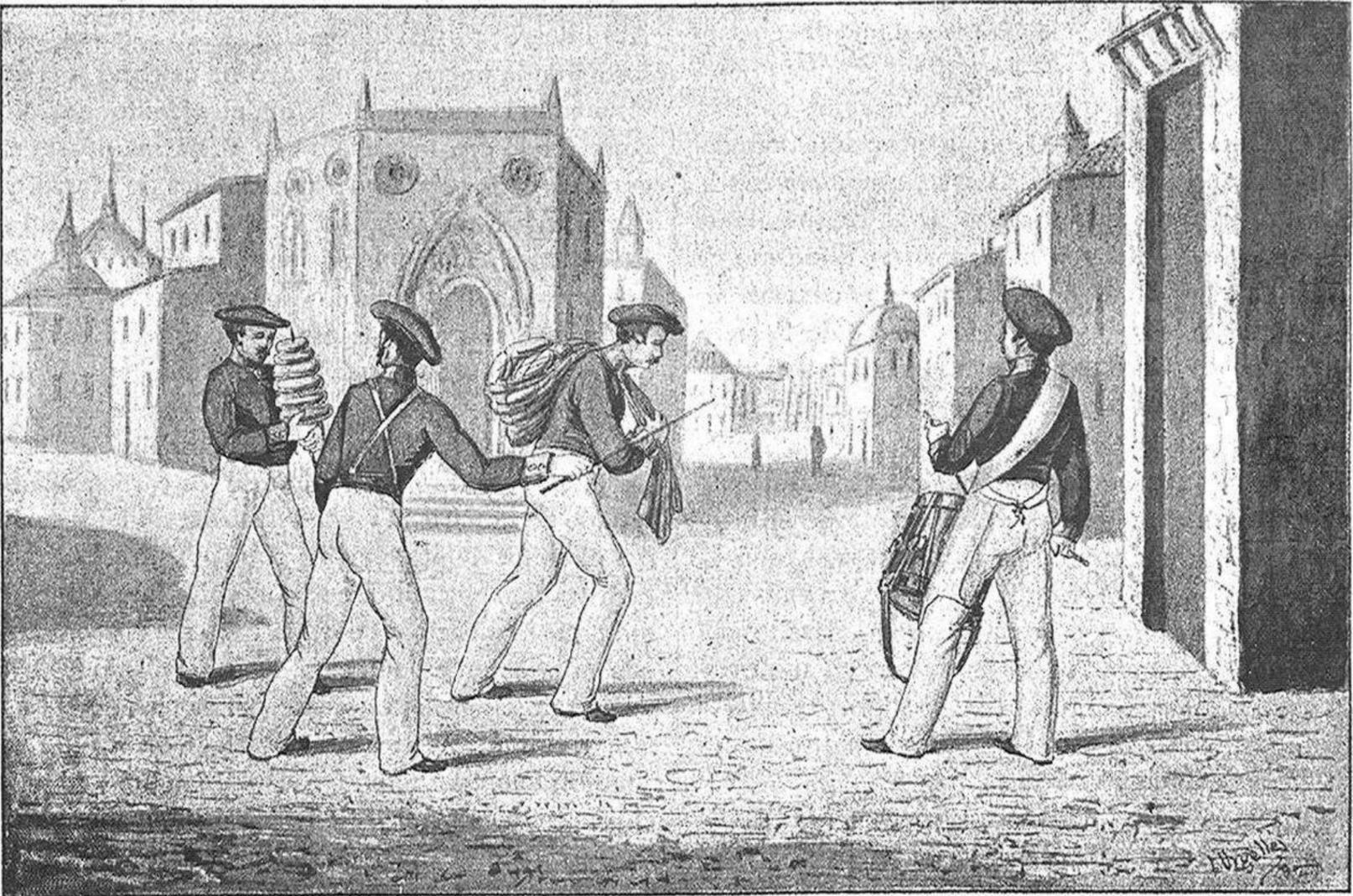
»Usted sabe que es muy suyo su mejor amigo y paisano.—*José de Goicoechea*.»

Carta del general Mendiry, contestando á la anterior.

Sr. D. José de Goicoechea.—Estella 4 de Abril de 1875.—Mi querido amigo: En este momento (siete de la mañana) recibo su carta de antes de anoche, á que contesto, diciendo: que en el parte oficial que ha dado

el general en jefe, el contraguerrillero Lacalle ha faltado completamente a la veracidad de los hechos. Yo tengo información reservada de tres personas de la población, que por nada de cuanto hay en el mundo faltarán á la verdad, y contestes me dicen que los voluntarios durmieron en un pajar; que salieron de él y se dirigieron á la iglesia, y que después de oír Misa marcharon á situarse á sus puestos de vigilancia, cuando un paisano les advirtió que el enemigo estaba dentro del pueblo. A esta noticia se dirigieron precipitadamente á tomar el camino de Ujué, no sin que fueran vistos y se les hiciera fuego por sus enemigos, resultando dos heridos, con los cuales salieron de la po-

blación; que después de haber andado un buen trecho por dicho camino, viendo que estaba tomado por fuerza de caballería y ocupados también los cerros inmediatos, se detuvieron y pidieron cuartel á la fuerza de caballería, y mediante la palabra que les dió ésta de respetar sus vidas, se le rindieron y entregaron sus armas; que al poco rato llegó Lacalle con la infantería; y así que recogió las armas, asesinó inhumanamente á los siete que eran, diciendo con una maldición á los suyos: «Es preciso concluir con esta canalla, y al que me presente uno vivo lo fusilaré sin compasión.» Que después se dirigió con la fuerza á la casa donde habían visto refugiarse un voluntario, el cual había tomado



Segunda guerra civil.—Batallón del Turia.

las debidas precauciones para defenderse hasta morir; pero en vista de los ofrecimientos que le hicieron, se rindió; bajó á la calle, en donde así que le quitaron su arma fué horrorosamente asesinado. ESTOS SON LOS HECHOS, Y NO TENGO INCONVENIENTE EN ADMITIR QUE SE HAGAN LAS INFORMACIONES EN EL MODO Y FORMA QUE V. ME PROPONE; PERO ANTES DE PRESTARME Á ESTE ACTO DE JUSTICIA DEBO EXIGIR DE UNA MANERA FORMAL LA ENTREGA RECÍPROCA DE LOS ASESINOS, EN EL CASO DE PROBARSE SU CULPABILIDAD. YO ENTREGARÉ Á UN SARGENTO, AUTOR DE LOS ASESINATOS DE LOS DOS PRISIONEROS EN MONJARDÍN, Á QUIEN SE LE FORMA CAUSA, Y SUFRIRÁ LA ÚLTIMA PENA, Y Á MÍ SE ME HA DE ENTREGAR Á LACALLE PARA QUE SUFRA EL MISMO CASTIGO, PUES DE NO SER ASÍ, NO PUEDO CONVENIR EN LO QUE SE ME PROPONE, MAYORMENTE CUANDO EN ESTE EJÉRCITO HAY UNA EXCITACIÓN JUSTÍSIMA CONTRA TALES CRÍMENES.

Hace unos tres meses se pusieron en capilla para ser fusilados ocho prisioneros, en justa represalia de igual número de voluntarios asesinados por Lacalle después de rendidos y haberles ofrecido cuartel, sin hacer armas ni defenderse, dos en Murillo del Cuende, tres en Larraga, dos en la casa del Estafetero, carretera de este último pueblo á Tafalla, y el otro en San Martín; y la clemencia de S... el R.. mi Señor los indultó; y habiendo puesto el hecho de los dos primeros en conocimiento del general Moriones, me contestó una inconveniencia, según se verá por las comunicaciones que por copia acompaño, no dudando que estos asesinatos fueron la causa de que la batalla de Lácar fuera tan sangrienta.

Si nuestros enemigos marchan por el camino de la humanidad, iré delante de ellos y nos haremos una guerra noble, cual corresponde á ejércitos regulares de una nación civilizada; pero si siguen el camino

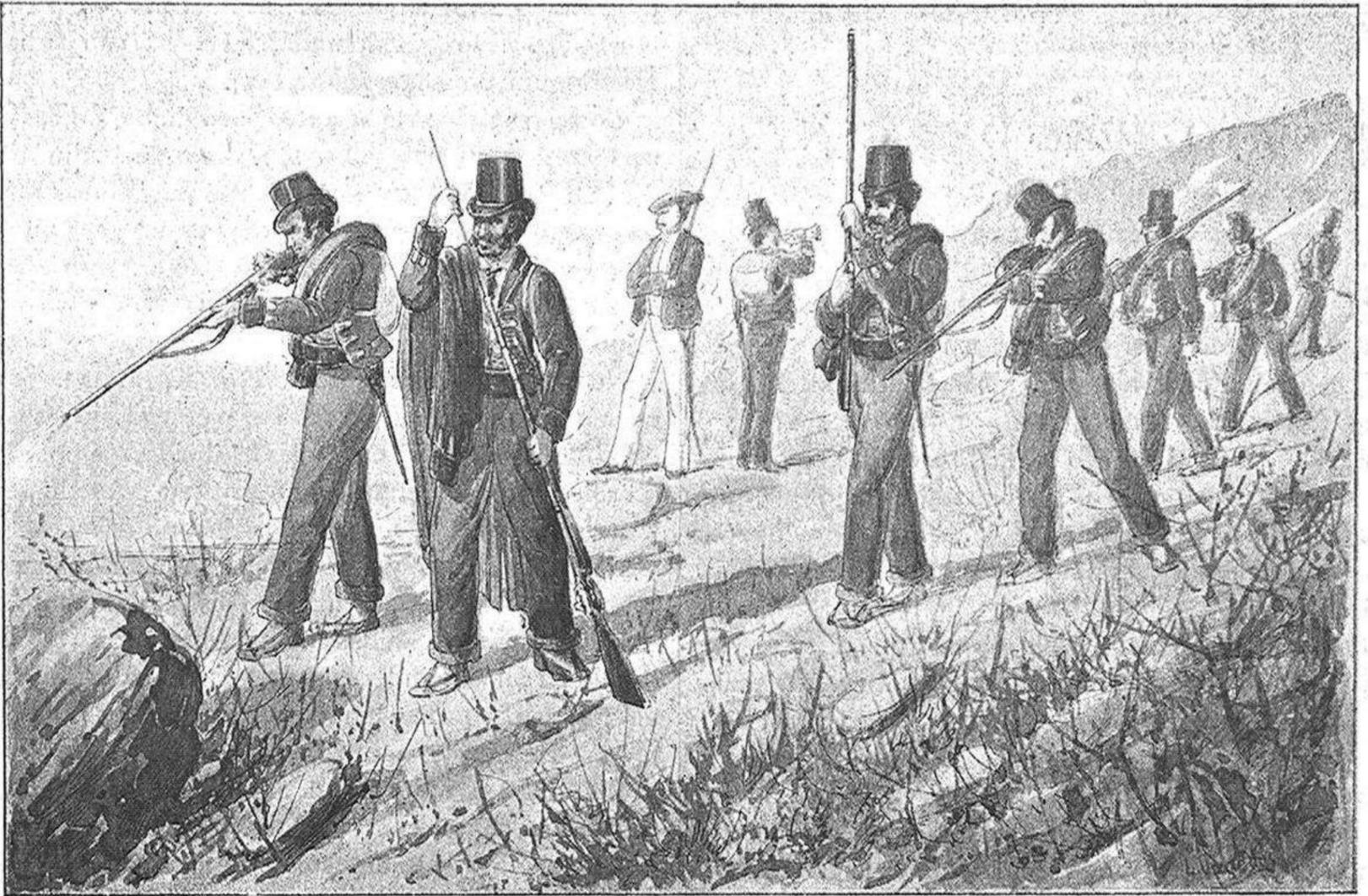
opuesto, lo lógico será que lleguemos pronto á la guerra sin cuartel. Espero contestación pronta, para proceder en su vista conforme á justicia.—Queda suyo su amigo y paisano,—*Torcuato Mendiry.*

Contestación del Sr. Goicoechea al general Mendiry.

Tafalla 5 de Abril de 1875.—Sr. D. Torcuato Mendiry.—Mi distinguido general: He recibido su carta de las siete de la mañana del día de ayer, y contestar á ella extensamente y con la premura que V. desea, es de todo punto imposible. En su consecuencia y para que podamos entendernos mejor, he resuelto marchar hoy mismo á Larraga y mañana á ésa; así que le ruego

nos espere sin tomar resolución alguna sobre el asunto de San Martín. De otro modo, sería doloroso para mí, pues sabe que le aprecio de veras, el que fuese V. el iniciador de la guerra sin cuartel, precisamente en los momentos en que principiaba á hacerse con nobleza é hidalguía, dando al propio tiempo lugar á que luego los extranjeros vinieran á interponerse, calificándonos de bárbaros é incivilizados. Se despide de usted hasta mañana su afectísimo amigo y paisano, Q. B. S. M.—*José de Goicoechea.*

Recibidas las informaciones en San Martín, se probaron de una manera indubitable los asesinatos cometidos por el contraguerrillero Lacalle, en el modo y for-



Segunda guerra civil.—Miñones de Cabrera.

ma que expresa la carta fecha 4 de Abril dirigida por el señor general Mendiry al comisionario de canjes. Sr. Goicoechea, cuyas informaciones reservadas obraban en poder de dicho Sr. general, no pudiendo publicarse por el compromiso que podría resultar á las personas que figuran en ellas, y PERSONADO EL SR. GOICOECHEA EN ESTELLA, VIENDO QUE EL GENERAL QUESADA NO HABÍA DADO NINGÚN PASO EN EL CAMINO DE LA SATISFACCIÓN PEDIDA, PUES PARA QUE EL GENERAL MENDIRY HUBIERA CONVENIDO EN QUE SE HICIERAN NUEVAS INFORMACIONES POR UN TRIBUNAL MIXTO, LO LÓGICO ERA QUE PREVENTIVAMENTE SE HUBIERA DETENIDO AL CONTRAGUERRILLERO LACALLE, Á LAS RESULTAS DE LO QUE DE LAS MISMAS APARECIERA; considerando que lo que se trataba era ganar tiempo para quitar á las represalias el mérito de la oportunidad, dió orden para el fusilamiento, que tuvo lugar el día 7 de Abril á las nueve de la mañana, después de haber di-

rigido al general en jefe del ejército alfonsino, Sr. Quesada, la comunicación siguiente:

«(Hay un sello que dice: «Capitanía general de Navarra, provincias Vascongadas y Rioja.»)—Mañana serán pasados por las armas ocho prisioneros en represalias de igual número de voluntarios de este ejército, asesinados bárbaramente en San Martín de Unx el día 29 de Marzo último por el jefe de la contraguerrilla, D. Tirso Lacalle, después de rendidos bajo palabra de darles cuartel. Tengo pruebas irrecusables del hecho. Debieron sufrir igual suerte otros ocho prisioneros más, en satisfacción de otros tantos asesinatos de voluntarios cometidos por el mismo Lacalle, dos en Murillo del Cuende, tres en Larraga, dos en la casa del Estafetero, carretera de este último pueblo á Tafalla, y el otro en dicho pueblo de San Martín, si la clemencia de S... mi R. y Señor no los hubiera indultado, cuyos hechos puse en conocimiento del general Moriones.

»Con la sangre que se va á derramar quedará satisfecha la vindicta pública, y yo en observación de la conducta de mis enemigos. Si éstos marchan por el camino de la humanidad, iré delante de ellos, y nos haremos una guerra noble, cual corresponde á dos ejércitos de una nación civilizada; si siguen el camino opuesto, llegaremos pronto á la guerra sin cuartel, sin que se me pueda exigir la menor responsabilidad.

«Dios guarde á V. muchos años. Estella 6 de Abril de 1875.—*Torcuato Mendiry*.—Al general en jefe del ejército alfonsino.—Tafalla.—Estella 8 de Abril de 1875 —Es copia.—El brigadier jefe de E. M., *Carlos Costa*.—Con rúbrica.—Hay un sello que dice lo siguiente: «Capitanía general de Navarra, provincias Vascongadas y Rioja.»

EJÉRCITO REAL DEL CENTRO

ESTADO MAYOR GENERAL

Acción de Lucena

SEÑOR:

Hoy tengo la honra y la satisfacción de dirigirme á V. M. para darle cuenta de la más brillante victoria que han conseguido nuestras armas en este distrito del ejército Real del Centro.

Sin descanso ni sosiego me había venido ocupando en la organización de estas fuerzas, trabajo que, por circunstancias especiales que V. M. no desconoce, ofrecía dificultades sin número y obstáculos casi insuperables.

Por las circunstancias especiales en que aquí se venía haciendo la campaña, era muy aventurado y peligroso comprometerse en una acción formal y por esta razón previne á los comandantes generales que fueran acostumbrando sus fuerzas á oponerse á la marcha de las columnas enemigas, aprovechando cuantas ocasiones se les presentasen para imponerse á sus contrarios.

Bien pronto conseguí lo que me proponía, pues la acción de la Cenia obligó á una columna de cuatro mil hombres á encerrarse en Vinaroz, sin osar dar un paso antes de la llegada de Echagüe que, con numerosos refuerzos y á marchas forzadas, acudió presuroso en su auxilio.

Creyeron, sin duda, que ante tan numerosas fuerzas no intentaríamos disputarles el paso; pero bien pronto pudieron convencerse de que se habían engañado, y que el ejército Real del Centro se encontraba dispuesto á disputarle el terreno palmo á palmo, como nuestros valientes hermanos del Norte, y sus resultados los tocaron en la brillante acción de Cervera del Maestre, que tanto reanimó el espíritu del país y que hizo que nuestros soldados se impusieran por completo á los alfonsinos, como estos mismos confesaban públicamente en San Mateo.

Las divisiones de Aragón y Valencia obtenían por su parte iguales resultados, obligando á las columnas enemigas al vergonzoso estado de no atreverse á dar un paso ante la imponente actitud de nuestros bizarros batallones.

Las fuerzas de Castilla ejecutaban expediciones arriesgadas, sembrando el espanto y la consternación entre los liberales de Castilla la Nueva.

Pero no me satisfacía ya esto: era preciso demostrarles que los que abrían el camino en nuestros corazones, y sólo queremos el bien y tranquilidad no interrumpida de nuestra desgraciada patria, valemos cien veces más que esos infelices soldados á quienes dos docenas de hijos espúreos de España hacen solidarios de sus crímenes y deshonor del suelo que vió nacer á nuestros padres.

La fuerza moral que estos batallones habían conquistado los impulsó á provocar al enemigo, al que, á pesar de llevar considerables fuerzas más, é incomparable mejor armamento, les disputaron el paso en extensísimos llanos, maniobrando en ellos como pudieran hacerlo en campos de instrucción.

Como resultado de cuanto llevo dicho, no cesaban las comisiones y delegados alfonsinos de acudir á Madrid en demanda de numerosos é inmediatos refuerzos; mendigaban uno y otro día, de un gran número de pueblos, que se fortificasen, y desplegaron los medios más viles y reprobados para la seducción y soborno.

No ha dejado de contribuir este sistema á la purificación de nuestras filas, pues el país y el ejército que ellos creían cabrerista, sólo les ha dado unos pocos miserables que por delitos comunes ó por cobardía, estaban destinados á penas aflictivas.

La organización y consistencia inquebrantable que estas fuerzas adquirían, ha sido causa de que en Madrid celebrasen repetidos consejos de ministros, acordando en ellos atender con preferencia al ejército que aquí tienen, y procediendo en seguida al envío de numerosos refuerzos, que desde luego designaron.

En el país, y hasta en el extranjero, pensarán que esto reconoce por causa el aumento de nuestras fuerzas en este ejército, y nada demuestra de un modo tan claro la impotencia y la desmoralización de los revolucionarios, como este ridículo alarde de fuerza ante un enemigo que tan corto número de combatientes cuenta, logrando sólo que el espíritu y la moral de sus tropas, condiciones indispensables para todo el que sepa lo qué es un soldado, decaiga de una manera inconcebible, como ya ha sucedido.

A pesar de esa ostentación, hija del miedo, trayendo tan numerosos refuerzos y tan considerable artillería, no desistí de mi propósito, porque tenía ciega confianza en mis tropas, y decidí hacer frente á ese ejército sin Religión, causa de la deshonor y ruina de nuestra patria, y defensor de cuantos le han ofrecido alguna recompensa por asaltar el poder, que sólo quieren para enriquecerse y enriquecer á sus banderías.

Ardiendo en deseos de medir nuestras armas con las alfonsinas, en vano intenté provocarlos repetidas veces, haciendo que la división del Maestrazgo se corriese hacia La Plana, mientras yo lo hacía en dirección á Vinaroz. La columna Montenegro se encerró en Castellón, y la de Chacón en Villarreal.

Hice que el general Alvarez desde Alcora se viniese

á Useras, con el fin de que, creyendo ellos que retrocedíamos, decidiesen continuar su marcha; pero prudentes hasta lo ridículo, se contentaron con ir á Alcora cuando sabían que nadie había allí, y de un modo tan precipitado, que murieron ocho soldados asfixiados, y además se llevaron gravemente enfermos, en carros, 36 más.

Tan luego como supe que ya se encontraba en Alcora, dispuse marchar sobre ellos, pero apercibidos de nuestro movimiento, se retiraron precipitadamente á Castellón.

De nuevo nosotros en Alcora el día 24, y viendo que continuaban en Castellón y Villarreal sin atreverse á atacar, dispuse que el Comandante general del Maestrazgo, con las fuerzas de su mando, se trasladase á Onda, como así lo efectuó, destacando además parejas de caballería hasta las puertas de Villarreal, para mayor vergüenza del enemigo.

Permanecieron en Onda toda la noche del 24 y el día 25 hasta las tres de la tarde, hora en que, conseguido el objeto que se había propuesto, regresó á Alcora, en donde yo me encontraba.

Llegados todos los refuerzos que esperaban de Castellón, y después de los alardes ridículos que siempre hacen, publicando unos que iban á concluir aquel día con los carlistas, y otros que no cesarían la persecución hasta arrojarnos más allá del Ebro, decidieron el ataque con 12 000 hombres, 12 piezas y 400 caballos.

Aunque mis fuerzas eran sumamente escasas, y con armamento muy variado, decidí esperarlos, confiado que sabrían darles una dura lección, como así ha sucedido.

Para nuestra línea de defensa había elegido las posiciones que hay á hora y media de Lucena; pero hice escalonar las fuerzas hasta Alcora, con el fin de fatigar al enemigo, y desconcertar sus grandes masas y terminar destrozándolo por completo en nuestra verdadera línea de defensa, á la que no osaron aproximarse.

Al amanecer del día 26 salieron las dos columnas enemigas con dirección á Alcora, llegando á las nueve á dicho punto, y empezando desde luego el ataque de nuestras posiciones.

Las fuerzas del Maestrazgo se situaron del modo siguiente: el octavo Batallón y tres compañías de los cuarto y quinto, en los Corrales, á las órdenes del coronel D. Manuel Martí; una compañía del primero, otra del octavo y una de Guías, en la ermita de San Cristóbal; cuatro compañías de los batallones cuarto y quinto, en los altos de Florín; en los Barracones el Brigadier D. Pascual Cucala con dos compañías; otras dos en el puntal del Cosio, y en la subida de Aisor el Jefe de E. M. de la brigada de Castellón, con el tercer Batallón de la misma, seis compañías del primero y cuatro del de Guías.

El Brigadier Villalaín, con el primero de Valencia, se situó en el alto de los Teredes, quedando en reserva el segundo de Valencia, el de Guías del General, el Escuadrón de Guías del Centro y el Regimiento de caballería del Maestrazgo.

Con objeto de abarcar todo el campo de batalla, y

aunque estaba en la misma línea de las primeras guerrillas, me situé con mi cuartel general y escolta en la posición de los Teredes, desde donde pude acudir siempre con rapidez á los puntos en donde creía mi presencia más necesaria.

A las nueve se rompió el fuego, siendo rechazadas dos veces las primeras fuerzas que atacaron, por las que personalmente dirigía el valiente general Alvarez.

Generalizado el ataque, y viendo que el enemigo se obstinaba desde el principio de la acción en apoderarse de la posición de Aisor, á cuyo fin aglomeraba hacia aquel punto casi todas las reservas, dispuse que cuatro compañías del segundo, á las que siguieron como reserva las otras cuatro compañías del mismo, reforzasen aquella, para obligar á los alfonsinos á desplegar todas sus fuerzas y atraerlas á la posición que antes he citado.

Vistas las repetidas veces que habían sido rechazados por nuestros fuegos, y las brillantes cargas á la bayoneta que se dieron, intentó correrse por el barranco de nuestra derecha; pero allí los aguardaba el valiente primer Batallón de Valencia, que, con el Brigadier Villalaín á la cabeza, no les dejó avanzar un paso, obligándolos á retroceder en completa dispersión.

A las cuatro de la tarde, y habiendo observado durante todo el día que retiraban un considerable número de heridos, tanto hacia Alcora como en dirección á Ribesalbes, intenté obligarles á avanzar hasta el punto designado de antemano, y al efecto hice situarse en él á la mayor parte de mis fuerzas, dejando sólo para llamarles la atención y provocarlos al primero de Valencia; pero todo fué inútil: desde aquel momento cesaron el fuego, y se contentaron con situar sus fuerzas á nuestra vista.

Ya entrada la noche, habiendo esperado en vano su ataque, y viendo que retiraban sus fuerzas á Alcora, dispuse lo hicieran las de la división del Maestrazgo á Lucena, punto desde donde habíamos salido, y yo, con la brigada Villalaín, á este punto para estar á la expectativa de los movimientos que intentaran, y atacar su flanco izquierdo, caso de avance, aunque estaba persuadido de que la lección recibida les obligaría á retroceder á Castellón y Onda, como lo efectuaron al amanecer del siguiente día 27.

Para saber con exactitud las bajas del enemigo he enviado personas imparciales á Alcora y Castellón para recoger datos, y de ellos resulta que sólo entre Jefes y Oficiales tuvieron 27 muertos, ascendiendo el número de éstos en la clase de tropa á más de 80, y el total de bajas, con heridos y contusos, lo aprecian todos, incluso los mismos de las columnas, en unos 700, de los que hay unos 100 heridos muy graves, y á la hora en que escribo me dicen haber fallecido ya entre los hospitales y la conducción unos 30 más.

En el campo quemaron casi todos los cadáveres, y recogiendo las llaves del cementerio, derribaron la tapia que no da vista al pueblo, y por allí estuvieron introduciendo cadáveres durante toda la noche, para darles sepultura sin que se apercibiese la población.

Para la conducción de los heridos emplearon todos

los carros, caballerías y paisanos que había en Alcora y pueblos inmediatos, más 42 carros que pidieron á Castellón.

En el reconocimiento que hicimos en la noche del 26 del campo de batalla, se encontraron todavía 15 cadáveres de ellos, y algún armamento, municiones y efectos de guerra.

Por nuestra parte tenemos que lamentar la pérdida de un Oficial y siete individuos de tropa muertos, el bizarro general Alvarez, que recibió una herida en la pantorrilla derecha, un Jefe, cuatro Oficiales y 52 individuos de tropa heridos, y un Jefe, dos Oficiales y 11 individuos de tropa contusos.

En mi Cuartel general hubo tres caballos muertos y nueve heridos, entre los cuales uno del Brigadier Villalafn, los dos del Brigadier Oliver, el que además recibió un balazo en la boina, y otro del Coronel Ordóñez.

En el Cuartel general del Maestrazgo hubo un caballo muerto, dos heridos, y el Comandante Zamora recibió una ligera contusión.

Siento, Señor, que la poca latitud de un parte de esta naturaleza no me permita detallar los episodios de serenidad y heroísmo que he presenciado en esta acción gloriosa, en la que todos, Jefes Oficiales y voluntarios, se han conducido de una manera digna del mayor elogio, defendiendo con bravura y aplomo las posiciones que les confié.

Sólo me resta añadir, resumiendo cuanto llevo dicho, que estoy completamente satisfecho de las fuerzas que V. M. se dignó confiarme.

Ruego á Dios conserve dilatados años la vida de V. M. para que logre ver realizados los justos deseos de todos los verdaderos y honrados españoles.—Cuartel general de Castillo de Villamalefa, 27 de Mayo de 1875.—Señor:—A. L. R. P. de V. M.—Antonio Doregaray.—Es copia.—El Brigadier Jefe de E. M. G., Antonio Oliver.

BOCETOS MILITARES (1)

POSICIONES

(Conclusión)

Cuando hay tiempo se atrincheran las posiciones por medio de *líneas con intervalos*, formadas bien por un sistema de obras alternativamente salientes y entrantes, y de mayor ó menor importancia, según el tiempo de que se dispone, el terreno en que se levantan, el número de las tropas, etc.; ó bien por medio de simples trincheras-abrigos ó zanjas-trincheras cuyos fuegos se crucen, y como modelos de las cuales podríamos citar las construídas por los carlistas en el Norte, de las cuales vienen á ser una copia las explicadas en la *Instrucción de sección y compañía*, de la nueva táctica de infantería del ejército liberal. A propósito, recordaremos aquí que el Comandante de Ingenieros liberales Sr. Argüelles, en su *Guta del zapador en cam-*

paña, dice: «Consideramos á la zanja-trincheras de los »carlistas como una excelente trincheras defensiva de »gran aplicación».

Tratando ya de la defensa de una posición, diremos que en general se compone la primera línea de tropas de infantería y artillería; aquella, desplegada en tiradores al pie de la pendiente, al abrigo de los accidentes del terreno, para hacer fuego con la mayor tranquilidad y precisión posibles, ocupando principalmente aquellos puntos desde los cuales se pueda batir de flanco al enemigo, mientras la artillería hace fuego, no sobre los tiradores enemigos, sino sobre sus reservas ó sobre los desfiladeros y demás puntos por donde pueda presentarse el grueso de sus fuerzas, retirándose en el caso de ser rechazada la primera línea mucho antes que la infantería, para que no corran ningún peligro las fuerzas.

El grueso de la defensa se suele situar sobre la misma *cresta militar* (1), á retaguardia de ésta, al abrigo de los obstáculos naturales ó las obras de fortificación, y cuando ve rechazada la primera línea, rompe vivo y nutrido fuego, combinando hábilmente el de fusil y el de cañón para sostener á todo trance la cresta militar, por ser ésta en la mayor parte de los casos la *llave* de la posición, ó sea el punto cuya pérdida implica la de los demás. Si el enemigo vacila en su empeño de asaltar la posición, las fuerzas forman la primera línea de defensa, las cuales habrán podido descansar un tanto en este segundo período de la acción, desde que se retiraron por los intervalos de las reservas á retaguardia de éstas obligadas por el empuje del enemigo, se lanzarán ahora sobre éste á la bayoneta hasta decidir su retirada á favor de vigorosas y bien dirigidas cargas, volviendo en seguida á ocupar sus antiguas posiciones de la primera línea.

Si el empuje del enemigo llega á vencer la resistencia del grueso de la defensa, ésta se retirará al amparo de la reserva general, la cual, aunque no haya hasta entonces tomado parte directa en la lucha, no por eso habrá permanecido inactiva, sino que habrá vigilado los flancos de la posición, que son sus puntos más débiles, y habrá rechazado todo falso ataque que sobre ellos haya podido dirigirse.

Una vez iniciada la retirada de los defensores, formará escalones sucesivos su reserva general, ocupando al efecto puntos dominantes tales, que los fuegos dirigidos desde ellos vayan á cruzarse sobre los caminos ó direcciones que el enemigo se vea obligado á seguir para impedir así que complete su victoria, molestando continuamente su avance con la artillería y las repetidas cargas parciales, tanto de infantería como de caballería, si lo permite el terreno.

REYNALDO BREA.

Del *Manual del voluntario carlista*.

(1) Llámase *cresta militar* la intersección del plano de la pendiente con el de la cumbre ó la meseta.

(1) Véase el núm. 35.



NAPOLEÓN I, encarnación viva de aquellos que al grito de la libertad decapitaron al mártir coronado, anegando á Francia en un lago de sangre, producto de crímenes sin cuento, presentía ya que no era fácil empresa subyugar á un pueblo, en cuyo corazón se hallaba arraigada la fe religiosa, el amor á la patria y el entusiasmo por su rey.

Por eso pretextó dirigirse á Portugal, y de este modo un numeroso ejército francés invadió la Península, y apoderándose por medio de la traición más alevosa de gran parte de nuestras plazas fuertes, avanza á marchas forzadas desde Burgos hacia Madrid.

El 1.º de Mayo de 1808, el hijo del mesonero de Cahors, luego general Murat, duque de Berg y después cuñado de Napoleón, hizo su entrada en la capital de España, al frente de 30.000 soldados, que acababan de alcanzar las victorias de Austerlitz, Jena, Varsovia y Eylau, y de conquistar media Europa.

Después de una noche de terrible ansiedad, en la que el pueblo de Madrid, recogido en el rincón del hogar, apenas si podía contener el coraje que ardía en su corazón, amaneció el día Dos de Mayo, en que había de escribirse con la preciosa sangre de miles de héroes, la primera y más brillante página de esa iliada que el mundo llama *Guerra de la Independencia española*.

Desde las primeras horas de la mañana, la muchedumbre llenaba por completo la plaza de Palacio; el sordo rumor que á intervalos se dejaba oír, presagiaba la pronta explosión del sentimiento popular. A las once un ayudante de Murat atraviesa la multitud y da la orden de marcha; pero la vista de los infantes D. Antonio y D. Francisco, que bajaban la escalera principal, enardece los ánimos, sirviendo como de toque de arrebató la voz de una vieja, que dijo: *que se llevan á las personas reales*.

Con el ímpetu de un mar que se desborda, así se lanzó el pueblo sobre los carruajes, cortó los tirantes y empezó una lucha desigual, heroica, cual nunca la vieron los pasados siglos. La escolta de la Guardia Imperial hace fuego; á la descarga contesta el grito de *¡mueran los franceses!* y los habitantes de todas clases, edades y sexos, animados por el sagrado entusias-



mo del amor á la patria en que se elevan los altares de su Dios y el trono de sus reyes, se arman como pueden, trabándose una lucha á muerte.

Entre el confuso y atronador estruendo que forman millares de voces, confundidas con el redoble de los tambores, toque de clarines y el ruido no interrumpido de las descargas, se ve marchar en todas direcciones grupos de jóvenes, ancianos y niños, que al grito de «¡viva Dios, viva la Patria, viva el Rey!» se arrojan sobre los franceses, y dan su vida llenos de alegría, porque ya han librado á sus hermanos de dos ó tres enemigos. Niños y mujeres, armados de palos y cuchillos, ponen en fuga á masas de caballería é infantería, y hombres y adolescentes en medio de las calles, desde las esquinas, balcones y tejados, y hasta los albañiles desde los andamios, donde les sorprendió la lucha, hacen uso del fusil, piedras, tiestos, muebles, ladrillos ó agua hirviendo, aplastando así y dejando sin vida á los soldados que Europa tenía por invencibles.

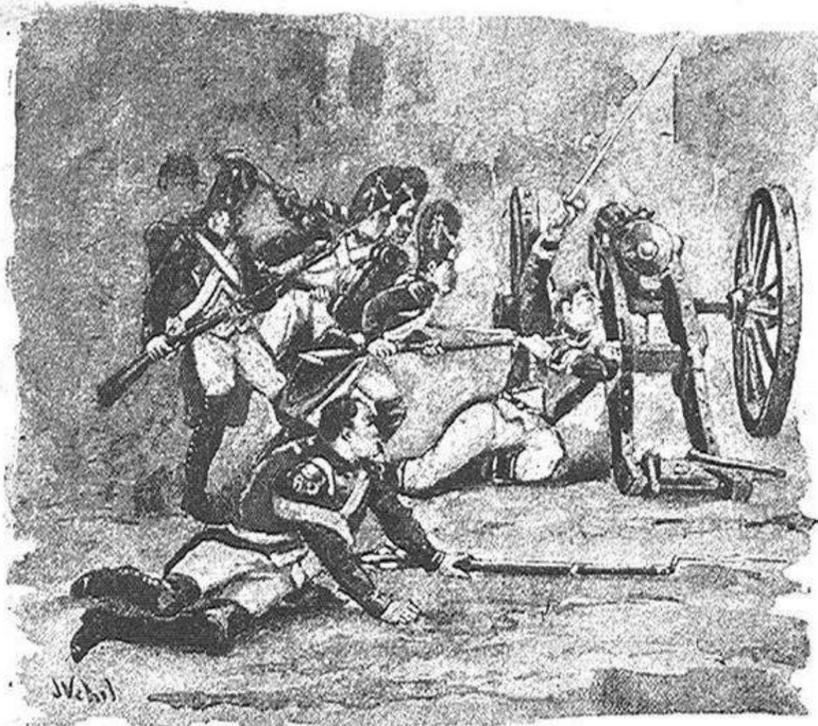
Las tropas españolas están encerradas en sus cuarteles; una orden así lo manda. Pero dos oficiales de



artillería, cuyos nombres sólo se olvidarán cuando el mundo sea cenizas, D. Luís Daóiz y D. Pedro Velarde, á la cabeza de 33 voluntarios, se apoderan del Parque, desarman á los 100 franceses que lo defendían, abren sus almacenes al pueblo, y ayudados por el teniente Ruiz y 14 artilleros, colocan un cañón enfilando la calle de San Pedro, otro en el interior del edificio, y los tres restantes defendiendo la calle ancha de San Bernardo, en lo alto de la de San José y el último en el patio.

A la intimación que les hace el general Lefranc, contestan fusilando y ametrallando la columna que mandaba; una y cien veces son atacados por todas partes, y una y cien veces tienen que retroceder los regimientos franceses, dejando la calle cubierta de cadáveres.

El general Legrange refuerza con su división á la derrotada; la metralla se acaba á los españoles; pero el pedernal sustituye al hierro, y cuando todo se concluye, la moneda española horada los cuerpos franceses. Una bala más cobarde que las demás, hiere á Daóiz que apunta las piezas, mientras que Velarde prepara nuevas municiones; la mucha sangre que pierde le hace buscar apoyo en el vecino cañón; pero nunca abando-



na el centro de la calle, su puesto de honor y peligro; los paisanos y *manolas* le ayudan á cargar, le sostienen el alza demasiado pesada ya para sus débiles manos; pero la muerte le va privando de sus improvisados soldados, y ya casi solo, apoyándose en su espada, ve acercarse al general Legrange so pretexto de parlamento, y al levantar la mancillada espada para herir al héroe, hace éste un supremo esfuerzo y sepulta la suya en el pecho del cobarde general, contestando á los franceses que se cebaban en su cuerpo, con el santo grito de «viva Dios, viva España, viva el Rey!»

Muertos los hombres y mujeres que servían el cañón colocado en la calle de San José, y ya cuando no restaban defensores, penetraron los franceses en el patio del Parque, en el momento que Velarde salía del almacén, disparándole un oficial polaco un pistole-

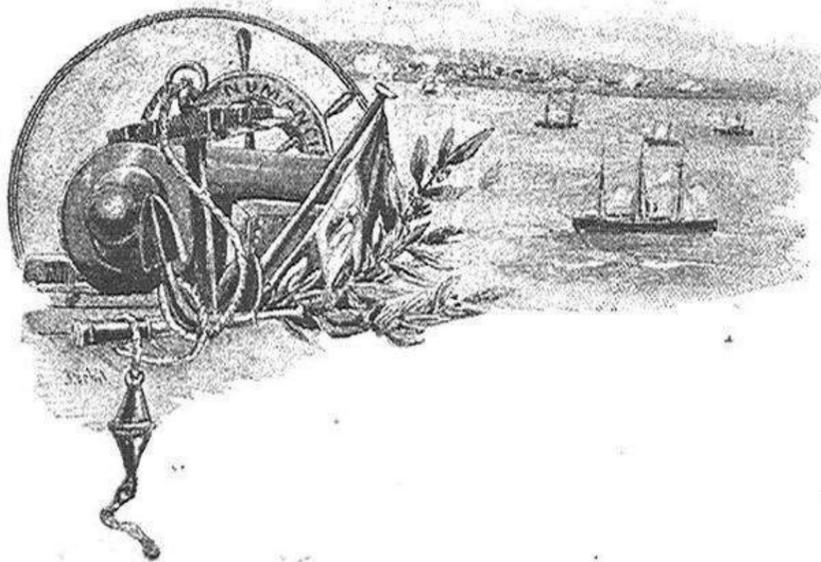


tazo por la espalda, que le dejó sin vida instantáneamente.

A las dos de la tarde concluía el fuego. Murat publicó un bando en el que anunciaba la pacificación; pero en seguida que ésta fué una verdad, todos los desgraciados que eran cogidos en las calles llevando tijeras, cortaplumas y hasta agujas de ensalmar, eran conducidos al Prado, donde sin confesión se les fusilaba bárbaramente. Cuarenta prisioneros fueron asesinados en la madrugada del 3 en la montaña del Príncipe Pío.

Los madrileños perdieron 104 muertos, 54 heridos y 35 extraviados, sin contar los fusilados en el Prado, Retiro y la Florida; los franceses 1.500 hombres, entre ellos un general y 60 oficiales.

Los capitanes de artillería D. Luís Daóiz y D. Pedro Velarde, comenzaron su carrera como cadetes de artillería en el Alcázar de Segovia, el primero el 13 de Febrero de 1762, y el segundo en 16 de Octubre de 1793, sirviendo respectivamente 24 años, 10 meses y 13 días, y 13 años, 2 meses y 14 días. Sus nombres constan hoy los primeros en el escalafón del cuerpo, pasando revista en la Academia del arma, contestando el coronel cuando se les nombra: «Como presentes. Muertos gloriosamente el Dos de Mayo de 1808, por la independencia española.»





OMO si este día no fuera aún bastante glorioso para España, unos cuantos buques de madera alcanzaron el Dos de Mayo de 1866, increíble victoria sobre los que se habían atrevido á ultrajar la bandera de la patria.

Aquel memorable día se dijeron estas sublimes palabras: «Más quiere España honra sin barcos, que barcos sin honra». Aquel día hubo jefe que prohibió cargar la pólvora, á pesar del inminente peligro que había de volar, aquel día se renovaron los laureles que hicieron tan respetada la bandera, entre cuyos pliegues se lee el lema: «Dios, Patria y Rey»; la bandera de Lépanto y de Pavía: la bandera tradicionalista.

JOAQUÍN LLORENS Y FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA.

NUESTROS GRABADOS

Zumalacárregui y su Estado Mayor.

(Gran lámina suelta.)

Es sabido que Zumalacárregui no usaba el uniforme de Teniente general, pero siendo copia el presente grabado de un cuadro de la época, hemos creído prudente no hacer ninguna modificación para que mejor resalte la autenticidad de dicho cuadro.

El Estado Mayor de Zumalacárregui vestía levita azul á la inglesa y boina.

Don Manuel Vilageliu.

(Pág. 278.)

Nació D. Manuel Vilageliu y Clavel, en Aravaca, provincia de Madrid, en 1816, siendo hijo del Comandante realista de dicho pueblo D. Esteban Vilageliu. En Abril de 1819 fué ya inscrito en la compañía de fusileros guardabosques Reales de Fernando VII, sirviendo en esta compañía hasta 1835, que de Real orden fué extinguida. En Octubre del propio año presentóse al ejército realista que en el Bajo Aragón tremolaba la bandera de la Legitimidad al mando de D. Ramón Cabrera, encontrándose en varias acciones, en las que dió pruebas de bizarría y valor. Agregado á la división de Forcadell, fué nombrado Sargento segundo en la acción de Onteniente. Por los hechos de armas de Criva, Manzanera y otros, fué ascendido á Sargento primero en Enero de 1836. Todos los grados los fué ganando el Sr. Vilageliu por acciones de guerra, emigrando á Francia, después de terminada la gloriosa guerra de los siete años, con el grado de Teniente Coronel. Durante dicha campaña fué varias veces herido, y una vez hecho prisionero, volviendo inmediatamente á su puesto de honor al ser cangeado, y siendo siempre distinguido y apreciado, por sus bellas cualidades y bizarría, de los distintos y pundonorosos jefes á que estuvo agregado; siendo éstos Cabrera, Forcadell, Peinado y otros.

Estuvo emigrado hasta primeros de Junio de 1847, en cuya fecha se dirigió á Cataluña para reunirse con las fuerzas realistas, que, al mando del Brigadier D. Juan Castell tremolaban la bandera de la Legitimidad en el antiguo Principado, no pudiendo efectuarlo por haber sido preso por los gendarmes franceses, que le internaron en Bayona. Desde esta ciudad dirigióse á Madrid, poniéndose á las órdenes de D. Vicente Herreros.

En 1849, en atención á su lealtad y servicios prestados á la

causa del R., el General Cabrera le nombró Teniente coronel de caballería, luchando valerosamente en aquella corta, pero gloriosa, campaña por el bello ideal de su vida: por su Dios, por su Patria y por su R., que también es el nuestro.

Regresó de nuevo á España, teniendo que emigrar otra vez por estar complicado en la conspiración que en Madrid, con constancia y fe, tramaban D. Salvador Manuel Palacios y don Antonio Arjona.

Gracias á la amnistía que concedió el Gobierno de Isabel, regresó á sus lares patrios en 1856, no para entregarse á la vida placentera del hogar doméstico, sino para continuar trabajando por lo de siempre, siendo al efecto en 1860 destinado á las órdenes de D. Hermenegildo Cevallos, quien le destinó á Valencia, punto donde debía desembarcar el infortunado Carlos VI cuando los desgraciados sucesos de San Carlos de la Rápita.

Teniendo en cuenta el augusto Señor Duque de Madrid la acrisolada lealtad del Sr. Vilageliu, en 1869 le nombró Coronel del arma de caballería, con destino á las órdenes del General Gaeto, que en el antiguo reino de Valencia había de iniciar el movimiento legitimista, regresando á su hogar por no haberse podido realizar.

En 1872 recibió el despacho de Comandante general de Despeñaperros, permaneciendo en dicho distrito más de un mes; y no pudiendo, por falta de medios, efectuar el levantamiento, se presentó á la Junta Carlista de Barcelona, que le nombró en 1873 Comandante general de la caballería del Principado.

En la última guerra organizó este arma en Cataluña, batiéndose como héroe, sobre todo en Oristá, en cual punto se libró una importante batalla á los 12 de Junio de 1873, cargando él con sólo 40 caballos á un batallón de la división que mandaba Martínez Campos, siendo el resultado de tan brillante lucha el hacer 15 prisioneros y apoderarse de siete machos y dos piezas de artillería, las cuales fueron los primeros cañones cogidos al ejército liberal en Cataluña. Una de las piezas no tenía cureña.

Por tan brillantísimo hecho de armas, en el que probó una vez más el Sr. Vilageliu su pericia militar y su valor, fué ascendido á Brigadier, habiendo ya antes sido laureado con la cruz de San Fernando, por su buen comportamiento y militar bizarría.

El día 15 del pasado mes, falleció en esta ciudad con cristiana resignación poniendo en amargo desconsuelo á sus numerosos amigos.

Don Joaquín Llorens y Fernández de Córdoba.

(Pág. 276.)

Hijo del Brigadier carlista del mismo apellido que en la primera guerra fué Comandante general de Valencia, tenía 18 años y era Alférez alumno de Artillería, cuando en 1873 solicitó y obtuvo su licencia absoluta é ingresó en el Ejército Real, en el que se distinguió por su ilustración y bizarría durante toda la guerra del Norte, llegando á mandar una batería y á obtener el empleo de Coronel al emigrar á Francia.

Después de la guerra, se ha dado á conocer como orador en la Juventud Católica de Valencia y como escritor en *La Lealtad*, en *El Centro* y en estas columnas que ha honrado frecuentemente con sus preciosos artículos, siendo colaborador de esta revista desde su fundación.

También son notables sus estudios como ingeniero, y jefe de ilustración y valor ya probados, así como de gran prestigio está llamado á ocupar uno de nuestros primeros puestos si las circunstancias nos obligasen á emprender una nueva campaña.

Su biografía la podrán ver completa nuestros lectores en la obra *Album de personajes carlistas*.

Don Reynaldo Brea y Cuartero.

(Pág. 477.)

Es aragonés; nació en Zaragoza, la inmortal ciudad de los mártires, y sólo cuenta 28 años de edad; es hijo del ilustre General carlista del mismo apellido, sobrino del General Berriz y de los Obispos de Faro y Nueva Segovia, y excusado nos es decir que recibió esmerada educación cimentada en el culto de la Religión y de la Legitimidad.

Estudió en la Academia de Matemáticas que dirigía en Madrid el Coronel de Artillería carlista D. Julián Gutiérrez y á los quince años ingresó en la del cuerpo de Estado Mayor del ejército, solicitando y obteniendo su separación del servicio poco después de ser nombrado oficial; pero mostrando antes sus sentimientos carlistas, sobre todo, en una memoria reglamentaria que tuvo que escribir y que con el título de *Chuanes y vendeanos*, versó sobre la guerra legitimista de Francia en 1793.

Desde entonces, han sido muchos los periódicos que han publicado escritos suyos; ha colaborado desde Filipinas (donde pasó larga temporada) en *El Correo Español*, y en EL ESTANDARTE REAL, desde su fundación.

Tanto en distintos puntos de la península como en Ultramar, ha sido siempre infatigable propagandista de nuestras doctrinas; fué, hace ya seis años, primer presidente de la Juventud Carlita de Madrid, redactando con tal motivo aquel célebre Mensaje á Don Carlos, que, suscrito por más de dos mil jóvenes correligionarios, reprodujeron todos nuestros periódicos de aquella época, y cuando la insurrección de Antique (Filipinas), en 1888, aunque ya era paisano, salió al campo con una columna de guardias civiles.

Es socio honorario de varios círculos carlistas; soldado por educación y por costumbre, han sido siempre su mayor recreo los estudios militares, y la aceptación que ha tenido su obra *Manual del voluntario carlista*, verdadero compendio del arte de la guerra, revela al oficial de vastos conocimientos, así como su ardiente entusiasmo por nuestra santa Causa. Demostrando cualquier afirmación con oportunas citas de notables escritores militares, apoyándola en hechos de guerras nacionales y extranjeras y fundando su aserto en algún ejemplo de nuestras brillantes campañas carlistas, da á conocer que posee una ilustración militar nada común, un exacto y detallado conocimiento de la historia de los grandes capitanes y de las campañas modernas, y un golpe de vista y buen sentido, ajeno por completo al que no domina la táctica superior y la estrategia.

Pero no es sólo el *Manual del voluntario carlista* la única obra que debemos á nuestro querido colaborador D. Reynaldo Brea, sino que unos cuantos meses que ha vivido recientemente en Tortosa, le han bastado para escribir un notable y completo *Estudio militar del Maestrazgo*, algunos de cuyos capítulos publicaremos en EL ESTANDARTE REAL, ya que nos impidan hacer público este precioso trabajo razones que adivinarán nuestros lectores con sólo saber que comprende tan importantes materias como lo son las siguientes: «Sucinta historia del Maestrazgo, é importante papel que ha jugado en distintas campañas; Descripción geográfica y nuevos límites que deben comprender el distrito militar del Maestrazgo en atención á los progresos del arte militar; Jefes carlistas del Maestrazgo en las tres guerras pasadas, juicio de sus hechos y carácter de sus tropas; Estadística de los recursos de que podría disponerse en el caso de una campaña; Organización que convendría dar á la División del Maestrazgo; Bases de un alzamiento y condiciones de la defensiva; Operaciones probables de la división del Maestrazgo en combinación con la de Valencia y la de Castilla y el Ejército de Cataluña; Decisiva influencia que podría ejercer en una campaña la División del Maestrazgo si tomase la ofensiva sobre Madrid; Organización preventiva que podría darse al Maestrazgo en la eventualidad de una campaña.»

Pero el *Manual del voluntario carlista*, cuya lectura pueden saborear todos nuestros correligionarios, basta para afirmar la reputación militar de su autor. He aquí cómo se expresa nuestro querido *Marcos Laguna* en una de sus *Cartas de Venecia*, publicadas en *El Correo Español*:

«Ya tienen nuestros lectores conocimiento de la nueva publicación debida á la competente pluma de D. Reynaldo Brea, y editada por la Biblioteca Tradicionalista de Barcelona, bajo el expresivo título de *Manual del voluntario carlista*.

»Su autor, hijo y sobrino de dos de los más distinguidos oficiales generales que el arma de artillería dió á nuestro Ejército, de leales procede y de leal se acredita.

»El nombre que lleva bastaba para ganarle las simpatías del Augusto proscripto, á quien ha dedicado su obra; pero á los méritos de su familia añade el novel escritor otros personales que le señalan desde luego un sitio de honor en las filas de la brillante juventud carlista que entusiasta y decidida reclama su parte en las lides del pensamiento y de la acción.

»Al remitir á Don Carlos un ejemplar, lujosamente encuadernado, de su *Manual*, acompáñalo D. Reynaldo Brea de una elocuente carta, en la que consigna que cuando, siendo niño, emigró con su familia al concluirse la guerra, sólo vió

»en el desgraciado éxito de ésta una suspensión de hostilidades; »idea que ha sido, desde aquel momento, norma constante de »su vida; inspirando todos sus actos en el deseo de prepararse »para ser útil á nuestra Santa causa el día que la suspensión »cese.

»A este pensamiento responde la obra editada por la casa »del Sr. Oller, cuya lectura es, por tantos conceptos, recomendable para todos nuestros jóvenes correligionarios.»

El Regio Autógrafo que publicamos al frente de este número y que tanto enaltece al General D. Antonio Brea y á su digno hijo D. Reynaldo, honra también á EL ESTANDARTE REAL, del que son ambos tan activos y constantes colaboradores.

Batallones del Turia.

(Pág. 280.)

Eran cuatro, de 700 á 800 plazas cada uno. Se reorganizaron por tercera vez conservando su primitivo nombre después del descalabro que sufrió su anterior jefe, Tallada, en Béjar en unión con los expedicionarios de D. Basilio. Los mandaba últimamente D. Domingo Arnau. El uniforme consistía en boina azul, chaqueta del mismo color con cuello encarnado, botón blanco y pantalón ídem.

Miñones de Cabrera.

(Pág. 281.)

Compañía de cien hombres que seguía constantemente á pie al Estado Mayor, y se empleaba en prisiones y otras comisiones de confianza. En atención al servicio duro que hacían se les licenciaba á los dos años. Uniforme: pantalón y chaqueta de pana azul con sardinetas blancas, botón blanco, capote de paño azul con forro encarnado, canana, sombrero redondo de castor con galón y escarapela, alpargatas y pierna desnuda.

El Dos de Mayo.

(Págs. 285 á 286.)

Seis viñetas del Sr. Vehil ilustran este sublime episodio nacional.

EL ESTANDARTE REAL

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: 1 año.. . . .	7'50 pesetas.
6 meses.. . . .	4 »
Extranjero y Ultramar: 1 año.. . . .	12 »

Se admiten anuncios para las cubiertas, á precios convencionales.

Dirigirse para las suscripciones y anuncios al Administrador de la BIBLIOTECA TRADICIONALISTA, Ronda de la Universidad, 14, Barcelona: apartado de Correos núm. 147.

El pago de las suscripciones se hará en Libranzas del Giro Mutuo, en Letras de fácil cobro ó en sellos de Correo.

Se remitirá un número de muestra, de regalo, á las personas que lo pidan.

Son corresponsales de EL ESTANDARTE REAL todos los de la *Biblioteca Tradicionalista* y de *La Carcajada*.

Imp. «La Ilustración» á c. de Fidel Giró, Paseo San Juan, 168